



ENSAYOS



Panorámica de El Tarra, municipio en las entrañas de la región del Catatumbo, en Norte de Santander. (Foto: Archivo/VANGUARDIA LIBERAL)

El Catatumbo, la violencia y los imaginarios de la “naturaleza”



Maira Mendoza-Curvelo

Egresada del programa de Antropología de la Universidad del Magdalena

Estudiante de maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma de México

Hace unas pocas semanas se realizó en el Catatumbo, una región ubicada al nororiente del departamento de Norte de Santander en Colombia, la primera



Tomada de <https://www.semana.com/nacion/articulo/pobre-catumbo/255398-3/>

audiencia de reconocimiento organizada por la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). En ella, militares del ejército nacional reconocieron su participación y responsabilidad en el asesinato sistemático de 119 personas. Este reconocimiento público se hizo en presencia de las familias víctimas y de la prensa tanto nacional como internacional.

El asesinato de estos pobladores del Catatumbo, en su totalidad hombres entre los 17 y 35 años, fue parte de una estrategia militar organizada y financiada por los altos mandos del Gobierno colombiano cuyo objetivo era la exaltación de bajas en supuestos combates con los grupos al margen de la ley. De esta forma se buscaba generar un indicador de éxito que respaldara la famosa política de seguridad democrática del expresidente Álvaro Uribe Vélez.

Esta estrategia militar no puede entenderse como un suceso aislado del

contexto sociohistórico de Colombia, entendida como una sociedad sumida en un intenso conflicto armado en el que hace más de medio siglo han participado tanto grupos al margen de la ley como la fuerza pública del Estado. Precisamente, no es un caso aislado porque se da en uno de los territorios que por décadas han sido el blanco de disputas por parte de las diferentes fuerzas políticas y militares que convergen en él.

Para el grueso de los analistas políticos que estudian el conflicto en el país, las causas de esta guerra son innumerables y se encuentran relacionadas con el problema de la tierra, como un elemento que ha sido configurado como botín de prestigio y de riqueza, así como de utilización para la producción a gran escala de cultivos ilícitos y latifundios pertenecientes a las familias más poderosas de las diferentes regiones que conforman el territorio nacional. Asimismo, son las zonas ubicadas en los márgenes de la

nación las que han alojado no solo los enfrentamientos, sino también las consecuencias más devastadoras de una guerra que no parece tener fin. Los Montes de María, Arauca, el Cauca, el Chocó, Putumayo o el Catatumbo son algunas de estas áreas cuyos habitantes han experimentado en carne propia masacres, atentados y torturas. Son regiones que han vivido en la ignominia de un Estado que los percibe como parte de espacios inhóspitos, peligrosos y atiborrados de la barbarie de la que debe huir la nación en aras de procurar el “progreso” y el “desarrollo”.

Atendiendo lo anterior, la hipótesis central de este pequeño texto es analizar la producción de los imaginarios de la “naturaleza” en Colombia como un elemento neurálgico en la comprensión de la perpetuación de la violencia, la exclusión y el empobrecimiento de estas zonas, especialmente del Catatumbo como epicentro de los falsos positivos.

Los imaginarios y la construcción de la “naturaleza”

De acuerdo con la hipótesis, es importante considerar qué se entiende por imaginarios, así como presentar una aproximación breve de cómo se ha venido construyendo la “naturaleza” en la conformación de Colombia como Estado-nación desde el siglo XIX. En primer lugar, habría que contemplar la importancia del estudio de los imaginarios “para la comprensión de las significatividades, las visiones de mundo, las ideologías, las representaciones, y los símbolos que recorren la construcción social del mundo” (González *et al.*, 2019). Los imaginarios no son ideas ficcionales e individuales que no tienen agencia

en la vida real; todo lo contrario: por ser considerados entramados complejos de significación social permiten vislumbrar las formas de relacionarse que tienen los sujetos con otras personas, y con su entorno. Lo interesante, entre otros aspectos, es que tienen un carácter histórico dado que se van configurando y reconfigurando de acuerdo al espacio-tiempo en el que surgen y operan.

A partir de la condición social e histórica de los imaginarios, se puede entender el Catatumbo como una zona que ha sido construida socialmente, creada e imbuida de estética por relatos y narrativas particulares movilizadas a través de la memoria “como componente fundamental de la cultura en cuanto representación socialmente compartida de un pasado” (Giménez, 2009, p. 8), de las costumbres, de las formas de pensamiento y del actuar de los sujetos que conforman la comunidad colombiana.

En el libro *Landscape and Memory* (Shama, 1996) se hace un recuento histórico de la forma en la que Occidente ha construido la idea del bosque, de la selva y de las montañas como lugares de conflicto. Esta idea, que ha sido retomada por la narrativa nacional, fue establecida por las élites andinas que heredaron los privilegios y la racionalidad del poder colonial (Quijano, 1992). Por su parte, Serje (2014) plantea que “la visión moderna de los bosques, mediante un proceso de imputación siniestra, posibilita que la selva se transforme en un espacio de excepción: en un ‘paraíso del diablo’” (p. 152).

Estas ideas son visibles en la geografía que se desarrolló en la Colombia del siglo XIX a partir de empresas como la Comisión Corográfica¹, desde donde no solo se perpetuó la exclusión de la “naturaleza” del contrato social (De Sousa Santos, 2004), sino también se hizo una separación tajante entre las tierras frías y las tierras cálidas. De esta forma, las primeras se relacionaron a la idea de un escenario propicio de trabajo de la “raza” blanca y laboriosa del centro del país, mientras que las segundas quedaron vinculadas al imaginario de las zonas excluidas del relato nacional por su “naturaleza” salvaje. Se trataba de tierras donde sobresalían la enfermedad, el mal clima y los habitantes perezosos que debían ser colonizados por los letrados de la nación.

El Catatumbo es un territorio reconocido a nivel nacional por tener una gran biodiversidad conformada por ríos, diversas especies de fauna y flora, y una variedad climática propicia para el cultivo del cacao, el maíz, la yuca y otros alimentos. Esa riqueza natural, que también ha sido entendida como elemento constitutivo de un territorio salvaje ubicado en los márgenes de la nación, le ha valido la idea de ser una tierra de nadie y además una zona roja donde domina la “ley del monte”, donde se presenta una suerte de inversión del orden social en el que la voluntad del más fuerte es lo que predomina. En ese sentido, las noticias de las masacres, de las torturas y de los asesinatos de

civiles a manos de la fuerza pública parecen ser el destino natural que debe padecer un espacio marcado por el espíritu de lo incivilizado y lo malsano. Arfuch (2013) diría que esta condición en la que son ubicados los habitantes del Catatumbo al habitar este territorio configura “una mirada [nacional] donde el otro [situado en la selva] no alcanza el estatuto de la propia humanidad” (p. 144).

Esta región, como algunas otras en el siglo XIX, no había sido inspeccionada por el Gobierno de la República. Sin embargo, esta situación cambia en el año 1880, cuando “el General Virgilio Barco Martínez realizó una exploración a la parte interna de El Catatumbo” (Chavarro y Otálora, 2020, p. 565), y se encontró que tenía reservas de petróleo, por lo que a partir de la década de 1930 se inició la extracción de este recurso. No obstante, la zona solo le era útil al Estado por sus pretensiones extractivistas, dado que continuó siendo un territorio en el que las autoridades civiles estaban ausentes y al que solo podían acceder el Ejército Nacional y las empresas privadas que venían de afuera para explotar el hidrocarburo.

La situación, luego de más de noventa años, no ha cambiado, excepto por la incursión y apropiación de la región por parte de grupos como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional de Colombia (ELN), los grupos de auto-defensa y los narcotraficantes, que en últimas son miembros de las anteriores organizaciones.

1. La Comisión Corográfica fue un proyecto científico impulsado por los liberales en la década de 1850. Su objetivo era la realización de una carta corográfica de la nación con la intención de inventariar sus recursos y sus habitantes.

Hay vidas que valen más que otras

Dos aspectos permiten profundizar la comprensión del estigma que pesa sobre el Catatumbo como zona excluida de la nación. Uno de ellos es la idea que plantea Butler (2009) cuando indica que hay ciertas vidas que están protegidas, pero hay otras que no califican como vidas que valen la pena. Este escenario se ve reflejado en la perpetuación del asesinato de los falsos positivos cuando a nivel nacional estalla el escándalo debido a la movilización de las madres de Soacha, un municipio del departamento de Cundinamarca perteneciente al área metropolitana de la capital del país.

Los militares, en el momento en que la comunidad del Catatumbo denunció la desaparición de sus familiares y amigos, reconfiguran su estrategia llevando hasta la región del Norte de Santander a jóvenes de Soacha que eran asesinados en el lugar. Sin embargo, esas denuncias nunca habían sido centrales en la prensa del país; sus voces solo fueron escuchadas en el instante en que detonó la información del asesinato de los habitantes de Soacha. A partir de este escenario, es válido pensar que en Colombia las vidas de los habitantes que hacen parte del centro del país seguramente tienen más valor e importancia que aquellas cuyo hábitat, representado desde los imaginarios de una “naturaleza” salvaje, les arrebató su condición de ciudadanos que importan para el país. Sumado a esto, en las narrativas de la guerra estas personas son tatuadas con el estigma de ser lo peor, tal como lo ha manifestado el expresidente Álvaro Uribe Vélez cuando en repetidas entrevistas sobre los falsos positivos expresó: “no estarían recogiendo café”.

El segundo aspecto, y que también se puede retomar de lo que plantean autores como Arfuch (2013), Giménez (2009) y Serje (2005), tiene que ver con el Catatumbo como zona de frontera y, por lo tanto, como una contradicción de la globalización donde por un lado se enaltece la ubicuidad virtual y, por el otro, se refuerza la separación de los territorios que detonan en escenarios de desigualdad y empobrecimiento. El Catatumbo tiene frontera con Venezuela, pero también es una región que se encuentra distanciada del resto del país, es decir, su separación se da por las llamadas fronteras internas, que ubican al centro del país en una relación dicotómica con su alteridad: los territorios salvajes de la nación.

De esta forma, el Catatumbo puede concebirse como un espacio que permite comprender cómo la nación colombiana ha producido diferencia “como resultado de su forma particular de apropiar y de imaginar su territorio y sus sujetos” (Serje, 2005, p. 19). Además de esto, no solo es una cuestión de producir la otredad, sino también de entender cómo el sostenimiento del centro del país y de sus principales capitales depende en gran medida de la exclusión de estos territorios que quedan sumidos en la dominación propia de un conflicto armado, en el que los grupos al margen de la ley hoy quedan resumidos a intereses particulares asociados con el narcotráfico, y de una fuerza pública que históricamente ha mantenido relaciones con lo ilegal, sirviendo de sostén a los poderosos de Colombia.

Con relación a lo que plantea Giménez (2009) sobre las zonas de fronteras, y sin perder de vista lo anterior, la frontera externa del Catatumbo con Venezuela

también hace parte de las dinámicas del Estado colombiano. Así, si bien emergen las fronteras internas con la región, el Estado implementa dispositivos varios para proteger su ruptura con el territorio venezolano dado que se ve obligado a “garantizar la reproducción de la cultura hegemónica y de la identidad nacional” (Giménez, 2009, p.24) del Catatumbo como territorio de la nación, en aras de asegurar la pertenencia de los catatumberos a una identidad maltrecha colombiana y, por lo tanto, continuar con el dominio sobre sus tierras.

Reflexiones finales

Los conflictos en los territorios como el Catatumbo están asociados a ideas, imágenes y relatos que emergen en regímenes de verdad situados. La presencia de grupos al margen de la ley y de la fuerza pública como única figura del Estado colombiano no es una realidad aleatoria, sino más bien se encuentra mediada por unos intereses particulares y por la construcción del lugar como escenario que se opone a la ciudad y, por lo tanto, como un espacio donde gobiernan el caos y el delito. Sin embargo, es importante tener presente que la idea no es entender la selva como el trasfondo de eventos atroces (Serje, 2014), sino más bien como un dispositivo simbólico que despliega una serie de sentidos y significados que llevan a la implementación de unas formas particulares de intervenir estos territorios donde las vidas humanas y no humanas que lo habitan carecen de importancia para la nación.

El Catatumbo se encuentra en una condición de aislamiento social y político que posibilita la perpetuación de ciertas dinámicas que están relacionadas con la violencia. Este escenario de índole

política, social y geográfica está trazado y vinculado al mito fundacional donde, a partir de la idea de una “naturaleza exuberante”, se crea la narrativa de la nación conformada por regiones. De ese modo, en paralelo con lo que promulgaba Caldas (1808) en los siglos XVIII y XIX, se ha establecido que las tierras cálidas de la nación están plagadas de gente bárbara y de un ambiente tenebroso, por lo que son espacios inferiores y olvidados.

Referencias bibliográficas

- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(3), 321-336. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4934440>
- Caldas, F. (1808). El influxo del clima sobre los seres organizados. *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, 22.
- Chavarro, F. y Otálora, F. (2020). La inestabilidad social en el Catatumbo desde la óptica de la violencia estructural (2010-2018). *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 11(2), 562-585. <https://www.redalyc.org/journal/4978/497864670007/html/>
- De Sousa Santos, B. (2004). *Reinventar la democracia: reinventar el Estado*. Editorial Abya Yala. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/catalog/resGet.php?resId=48027>
- Giménez, G. (2009). Cultura, identidad y memoria. Materiales para una sociología de los procesos en las franjas fronterizas. *Frontera Norte*,

- 21(41), 7-32. <http://www.scielo.org.mx/pdf/fn/v21n41/v21n41a1.pdf>
- González, M., Henríquez, P. y Weisz, C. [Coordinadores]. (2019). *Imaginario social y memorias: Itinerarios de América Latina*. Editorial Teseo. http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20190813013511/Imaginario_social_y_memoria.pdf
- Quijano, A. (1992). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena*, 13(29), 11-20. <https://www.lavaca.org/wp-content/uploads/2016/04/quijano.pdf>
- Serje, M. (2005). *El revés de la nación: territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Ediciones Uniandes.
- Serje, M. (2014). La selva por cárcel. En C. Steiner, C. Páramo y R. Pineda (Comps.), *El paraíso del Diablo: Roger Casement y el informe del Putumayo* (pp. 151-171). Ediciones Uniandes; Ediciones Universidad Nacional de Colombia. https://www.academia.edu/37647845/La_selva_por_c%C3%A1rcel
- Shama, S. (1996). *Landscape and Memory*. Vintage Books. 

Una persona atrapada entre dos mundos: el mundo bueno y el mundo malo



Angie Vanessa Puello López

Estudiante del Programa de Enfermería

La perspectiva de una persona con respecto al mundo en el que se desenvuelve siempre es interpretada con base en el contexto en el que se desarrolla. Sin embargo, existen etiquetas o prejuicios que marcan de sobremanera actitudes y costumbres que pertenecen al mundo bueno y al mundo malo. De hecho, el famoso escritor Hermann Hesse hace alusión a estos dos mundos en su tan aclamada novela *Demian*. No obstante, esta visión que presenta en su obra acerca de los mundos puede ser hoy mucho más amplia y cambiante.



Tomado de: <https://pin.it/10IKSiT>

El ser humano, como un ser capaz de razonar, siempre está en la constante búsqueda de la verdad tras la existencia y con base en esto propone teorías en la que se evidencian muchos tipos de investigaciones. Ahora bien, para poder hablar del ser humano, no solo se contrasta la existencia misma, sino también las capacidades de este en todos sus aspectos, entre los que se encuentran la inteligencia, la conciencia, lo voluble del alma y demás características que involucran la perceptibilidad en una persona. Estos factores mencionados mantienen

una relación estrecha con las conductas que mantiene un individuo y en cómo las expresa, de tal forma que se ve evidenciado un proceso de formación y un contexto desarrollado en su ser.

Teniendo en cuenta lo anterior, se destaca que en el primer capítulo de la obra selecta *Demian* (1919) el escritor alemán Hermann Hesse aclara los conceptos de mundo claro y mundo oscuro. El primero es aquel que involucra lo bueno, lo que es del hogar, las enseñanzas de los padres, las interacciones en familia, lo religioso y bondadoso, la caridad, la educación, entre otros factores que hacen relucir la luz en un ambiente. En cambio, el mundo oscuro es absolutamente opuesto ya que en este se puede observar todo lo malo: la cárcel, el matadero, los borrachos, los robos, asesinatos, suicidios, los burdeles, la brujería, la violencia, entre otros aspectos negativos que abarcan a la sociedad y por sobremanera al exterior.

Estos conceptos abordados -lo "bueno" y lo "malo"- son sin embargo términos subjetivos que en este caso no aplican del todo a las distintas realidades y concepciones de las personas. Por ejemplo, una persona cuyas niñez y adolescencia se han desarrollado por completo en un ambiente oscuro y violento puede catalogar su vida como normal y percibir que lo que ha experimentado es realmente bueno, de tal manera que este individuo no considera que lo que llama hogar es un mundo oscuro, mientras que el exterior es un mundo claro, ya que no va a encontrar alguna referencia en cuanto a lo que observa.

Así pues, los conceptos de bien y mal, al poder interpretarse desde un punto subjetivo, resultan relativos al sentido,

al valor o a las consecuencias de la actuación humana. También son nociones entendidas como lo que afirma —el bien— o lo que niega —el mal— ciertas exigencias o valoraciones (Benítez, 2014). Teniendo en cuenta este razonamiento, se puede establecer que no hay realmente una concepción total de los términos en cuestión y que por lo tanto las definiciones que otorga Hermann Hesse en su obra selecta deben ser ampliadas mucho más para arraigarlas a un contexto social de hoy en día.

Para establecer una relación concreta, se tendría que acudir al dios principal mencionado en la novela, llamado Abraxas y que representa el bien y el mal en conjunto. Mediante este personaje se interpreta que dentro del bien también existe el mal y dentro del mal también se encuentra el bien. De este modo se puede establecer la necesidad de abarcar por completo un dios que no limite la interacción entre los dos términos y que, en vez de separarlos, los una por completo.

El mundo oscuro descrito por Hermann Hesse cambia según el contexto de la persona. Así lo evidencia el mundo de hoy, por ejemplo, toda vez que una persona puede verse mejor influenciada en las calles que en su propio hogar. Sin embargo, como en cualquier situación, también se atribuyen límites a este punto de vista debido a que no todas las personas en el mundo se desarrollan de la misma forma, en el mismo ambiente y con las mismas ideologías. En ese sentido, cabe destacar que por supuesto existen los conceptos generales y las etiquetas, pero que estas se ven influenciadas por una sociedad en común, sin un grupo o comunidad que comparta los ideales generales. No existen entonces

para estas personas lo que es común para otras.

Considerando lo anterior, la concepción del poder en una persona puede hacer que su percepción del mundo cambie, contrastando su personalidad y valores. Según Friedrich Nietzsche,

La psicología entera ha estado perdiendo hasta ahora los prejuicios y temores morales: no ha osado descender a la profundidad. Concebirla como morfología y como teoría de la evolución del poder, tal como yo la concibo, es algo que nadie ha rozado siquiera en sus pensamientos (Nietzsche, 2015).

Tal cual, la percepción de este factor se vuelve fundamental cuando se concibe como importante para tener interacciones en la sociales y se arraiga perfectamente a la comunidad. No obstante, la concepción del poder también es subjetiva, y se puede establecer semejanza en esa medida con el término de mundo cambiante en esa medida, esto de tal forma que hay un contraste evidente en la influencia tanto positiva como negativamente en las personas, en donde la conducta superior tiene un auge mayor.

Finalmente, Hermann Hesse enfatiza muy bien en su obra lo que corresponde al crecimiento de un individuo para ser considerado como persona en un ambiente. Sin embargo, relacionar este

ejemplo en un contexto de hoy no sería muy conveniente debido al desarrollo que existe entre ambas épocas y las diferencias entre estas, a pesar de que la existencia de un dios como Abraxas se puede tomar como una muy buena interpretación y relación con el mundo actual debido a que se conciben el bien y el mal en uno solo y no se buscan pretextos ante estos términos. Tal vez en un futuro exista una mejor relación y una mejor concepción de las cosas que conciernen a la persona y al mundo en sí, pero por ahora solo queda conformarse con las migajas que deja cada persona para poder entender a otros individuos.

Referencias bibliográficas

- Álvarez, L. (2018). Demian: Un análisis del ser humano. Grado cero prensas ://gradoceroprensa.wordpress.com/2018/07/27/demian-un-analisis-del-ser-human/
- Benítez, J. L. (2014, 16 de junio). *El bien y el mal, solo conceptos o nociones valorativas trascendentes*. <https://www.gestiopolis.com/el-bien-y-el-mal-solo-conceptos-o-nociones-valorativas-trascendentes/>
- Nietzsche, F. (2015). *Más allá del bien y del mal*. Ediciones Lea S. A. https://books.google.com/books/about/M%C3%A1s_all%C3%A1_del_bien_y_del_mal.html?hl=es&id=55elBwAAQBAJm